

Voz del Papa

RADIO MENSAJE PACUAL DEL SOBERANO PONTIFICE

Traducción de Pativilca

Así como los discípulos de Jesús exultaron de gozo, en la tarde de la primera Pascua, cuando vieron al Maestro resucitado volver en medio de ellos, vencedor de la muerte, así vosotros también, queridos hijos y queridas hijas, abrid vuestros corazones a la alegría de este día solemne y recibid con confianza el saludo de paz que Nos, Vicario sobre la tierra del divino Redentor, renovamos en su nombre a la Iglesia y a la familia humana. "Gavisi sunt discipuli, viso Domino. Dixit ergo eis iterum: Pax vobis". (Io. 20-21). Los discípulos fueron colmados de alegría a la vista del Señor. Y Jesús les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros!

Al rendirle humildes acciones de gracias a la bondad divina por habernos concedido el favor inestimable de celebrar con vosotros estas santas festividades, Nos sería imposible el dejar de manifestaros Nuestra paternal gratitud por el afecto filial y por las oraciones solícitas con que habéis reconfortado Nuestro corazón durante Nuestras recientes pruebas.

Oh! cuánto deseáramos que sobre todos los hombres se derramase el gozo de la Pascua cristiana, de manera que le fuese posible a la Iglesia cantar en toda su extensión: "In resurrectione tua, Christe, coeli et terra laetentur". (Brev. Rom. Dom. in Albis, ad Laudes). En tu resurrección, o Cristo, se alegran el cielo y la tierra! Pero si en los cielos todo es paz y felicidad, cuán diferente

es la realidad sobre la tierra. Aquí, en lugar de la alegría serena, cuyo secreto reveló Cristo, la ansiedad, o mejor dicho, el espanto de los pueblos aumenta de año en año ante el temor de un tercer conflicto mundial y de su terrible mañana. Mañana expuesto a la merced de nuevas armas destructivas, de una violencia inaudita.

Armas capaces, como ya tuvimos ocasión de expresar el temor que por ellas sentíamos desde Febrero de 1943, capaces de producir "sobre toda la extensión de nuestro planeta una funesta catástrofe"; (Acta Apostolicae Sedis, 1943, página 75), capaces de sembrar el exterminio total de toda vida animal y vegetal y de toda obra humana sobre regiones cada vez más extendidas; armas capaces en adelante, gracias a los isótopos artificiales radio activos de larga vida moderna, capaces de infectar de manera durable la atmósfera, el terreno y hasta los océanos, aun aquellos situados a muy largas distancias de las zonas directamente heridas y contaminadas por las explosiones nucleares. Así, ante los ojos del mundo aterrado se yergue la previsión de destrucciones gigantescas, de territorios enteros convertidos en inhabitables e inutilizables para el hombre, sin hablar de las consecuencias que pueden producirse, tanto a causa de las alteraciones provocadas en los gérmenes y en los micro-organismos, como por el hecho de los resultados desconocidos que puede tener una acción radioactiva prolongada sobre los más grandes organismos, comprendido entre éstos el hombre, y sobre su descendencia. Al tratar este asunto no quisieramos omitir el hacer alusión al peligro que podría representad para las generaciones futuras la intervención mutagénica, susceptible de ser lograda y tal vez lograda ya por nuevos medios, con el fin de apartar de su desarrollo natural el patrimonio de los factores hereditarios del hombre; por esta razón también de que, entre tales descisiones, no faltan y no habrán de faltar sin duda en el futuro, aquellas desviaciones patogénicas que son la causa de enfermedades hereditarias y de monstruosidades.

Por Nuestra parte, al mismo tiempo que no Nos cansaremos de emplear Nuestras energías co nel fin de lograr que, mediante acuerdos internacionales —quedando siempre a salvo el principio de la legítima defensa— (cfr. en todo caso Acta Ap. Sedis, 1953, pág. 748-749) pueda ser eficazmente proscrita y apartada la guerra atómica, biológica y quí-

mica (ibid. Pág. 749), preguntamos Nosotros: ¿Hasta cuándo querrán los hombres sustraerse a la luz salvadora de la Resurrección, esperando en cambio encontrar la seguridad en los resplandores homicidas de los nuevos instrumentos de guerra? ¿Hasta cuándo opondrán ellos sus designios de odio y de muerte a los preceptos del amor y a las promesas de vida traídos por el divino Salvador? ¿Cuándo descubrirán al fin los dirigentes de las naciones que la paz no puede consistir en una exasperante y costosa relación de terro mutuo, sino en la máxima cristiana de la caridad universal y en particular en la justicia voluntariamente realizada más bien que en la justicia extorsionada y en la confianza que uno inspira más bien que en aquella que uno exige? ¿Cuándo le será dado a la humanidad el ver a los sabios del mundo destinar los admirables descubrimientos de las fuerzas profundas de la materia a fines de paz, con el objeto de ofrecerle a la actividad humana una energía poco costosa, la cual supliría la deficiencia de las fuentes de riqueza y de trabajo o corregiría en ellas la desigual distribución geográfica existente, como también con el fin de ofrecerle nuevas armas a la medicina y a la agricultura y de abrirle a los pueblos nuevas fuentes de prosperidad y de bienestar?

Pero mientras tanto, la angustia parece hacerse cada día más punzante, he aquí que la dulce claridad de la Pascua, nacida este año bajo el sol virginal de María, he aquí que irradia la dulce sonrisa de la Madre de Jesús, nuestra Madre, gloriosa ella también al lado de su Hijo. Así, y en particular sobre aquellos que viven en la oscuridad y en el dolor, esta Madre muy amante extiende

hoy el manto de su inefable ternura.

O María que resplandesces en este día con una luz que es más viva, sé Tú el símbolo y la fuente de la reconciliación de los hombres entre ellos y de todos ellos con su Señor y Redentor, Jesús. Aumenta la fe de los que te invocan. Haz brillar ante sus ojos la esperanza de los bienes incorruptibles, la redención de los cuerpos y de las almas, objeto de sus ardientes deseos, cuyas premisas casi contemplan ellos en Jesús y en Tí misma. Ayuda a los hombres a cargar el peso de la humilde y a menudo ruda fatiga cotidiana; reconfortalos por la esperanza confiada de la eterna y perfecta Pascua de la gran familia humana en la casa del Padre, entre los esplendores del Cielo. Así sea.

Para comprender mejor estas ideas deberían tenerse en cuenta las palabras del Pontífice a médicos militares el 19 de octubre de 1953.

“Hemos expresado además el deseo de que se castigue en un plan internacional toda guerra que no sea exigida por la necesidad absoluta de defenderse contra una injusticia muy grave que hiera a la comunidad, cuando no sea posible el impedirla por otros medios y que sin embargo preciso es realizarla ante el riesgo de concederle campo libre, en las relaciones internacionales, a la violencia bruta y a la falta de conciencia. No basta, por lo tanto, la necesidad de defenderse contra tal o cual injusticia para utilizar el método violento de la guerra. Cuando los daños acarreados por ésta no son comparables con los de la “injusticia tolerada” es posible que se esté en la obligación de “sufrir” la injusticia.

Lo que acabamos de exponer tiene valor ante todo al tratarse de la guerra: A. B. C., atómica, biológica y química”.

